

PUEENTE CANDAMO, José Agustín de la, *Memorias de Orbea. Infancia y juventud desde una hacienda limeña (1922-1947)*, editado por José de la Puente Brunke, Lorenzo de la Puente Brunke y Manuel de la Puente Brunke, Lima, Orbea Ediciones, 2022, 211 pp.

Como el título de este hermoso libro sugiere, se trata de una obra con tres protagonistas principales: D. José Agustín de la Puente Candamo, la Hacienda Orbea y la propia Lima, en un período muy significativo del siglo XX, los años entre 1922 y 1947, los mismos en que se produjo la gran transformación urbana y social de la capital peruana.

El relato que articula el libro se hace tanto por medio del texto (esencialmente las memorias de infancia y juventud de D. José Agustín, de ahí las fechas que lo acotan) como por las imágenes, esas extraordinarias fotografías sacadas casi siempre del riquísimo archivo familiar, que son fundamentales no sólo por la información que aportan sino por su capacidad de trasladarnos o, mejor dicho, de sumergirnos en una época y en un ambiente.

Sin duda, la lectura de esta obra equivale a un viaje de inmersión que, al menos en mi caso, es también una iniciación a un mundo limeño que prácticamente ha desaparecido. Todo comienza con las fotografías que ilustran la propia portada, guardas y sucesivas páginas iniciales con el título e índice, imágenes de época con las que se ha formado una secuencia que provoca al lector la ilusión de estar entrando en la hacienda en la década de 1920, caminar por sus jardines hacia el casco principal, para finalmente entrar en él, llegar al comedor y asistir a un almuerzo familiar donde una silla, vacía y en primer plano, casi nos sugiere que allí está nuestro sitio de invitado para participar en ese extraordinario ágape que son las memorias de una figura, humana e intelectual, del tamaño de D. José Agustín de la Puente Candamo.

Nacido en 1922 y fallecido en 2020, es una referencia académica e intelectual de primer orden en el Perú del siglo XX. Historiador destacado sobre todo en temas como la independencia, con contribuciones que se caracterizan por haber subrayado la importancia de las iniciativas peruanas y sus gestores locales, e impulsor de enfoques —entonces no tan en boga— que valoran el estudio de la vida cotidiana y sus protagonistas menores, o la importancia de la dimensión local y de la historia regional. Entre sus grandes logros está, sin duda, ser uno de los responsables principales de la importantísima *Colección documental de la Independencia del Perú*, en 86 tomos, publicada con motivo del sesquicentenario (1971). Pero es que D. José Agustín fue además maestro de varias generaciones de historiadores como profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú (donde dictó cátedra hasta los 93 años) y como miembro del Instituto Riva-Agüero, institución que contribuyó a fundar y de

la que fue su primer secretario y luego director. Por si fuera poco, fue además parte del equipo que llevaría a la fundación de la Universidad de Piura, en la que también ejerció de profesor por largos años.

El libro o, más bien, las memorias que contiene se articulan en tres partes. La primera, y para mí la más interesante, informativa y hasta emotiva, es “La vida en Orbera”, o sea la vida en la hacienda, un relato fascinante de la cotidianidad familiar en una hacienda limeña hoy ubicada en el centro de la urbe pero que entonces estaba relativamente alejada de ella, asentada en el campo y funcionando como un centro de producción agrícola, íntimamente asociado a la vida del pueblo en el que estaba inscrita: La Magdalena Vieja (hoy Pueblo Libre). Porque, como muy bien dice Julio Ramón Ribeyro: «Es bueno recordar que Lima era entonces una ciudad limpia y apacible, de apenas medio millón de habitantes, rodeada de huertos y cultivos»¹. Como ocurre también en otras grandes metrópolis latinoamericanas, la acelerada expansión urbana que se produjo a partir de la década de 1920 —y más aún a partir de 1940— fue devorando —hasta hacerlas desaparecer por completo— las tierras de cultivos, huertas y haciendas que hasta entonces las rodeaban y que secularmente habían servido para proveer a la capital de todo lo necesario para su sustento, obligando así a buscar esos mantenimientos en territorios mucho más alejados a los tradicionales, generando una nueva relación entre el campo y la ciudad y dando lugar a las grandes megalópolis de hoy en día.

El relato de D. José Agustín nos descubre y nos describe cómo era ese mundo rural periurbano antes de ser invadido por la ciudad, y cómo —ya entonces— iba desapareciendo. De hecho, su descripción nos revela todo un mundo de haciendas, entre las cuales Orbera era sólo una más, pero con la singularidad de que —gracias al empeño de sus propietarios, la misma familia desde el siglo XVIII— hoy es la única que ha sobrevivido a la modernización, conservando su casco, buena parte de su contenido mobiliario y artístico (de notable importancia), así como una mínima parte de sus tierras que ahora funcionan como jardines. Y describe también el pueblo de La Magdalena Vieja y sus gentes, las huacas que había por todas partes (igualmente desaparecidas en su mayoría, víctimas de la expansión urbana y de un dudoso concepto de modernización), los caminos y tapias (que todavía no eran calles), los canales de riego y los derechos de agua... Todo un universo fascinante lleno de claves para entender un poco mejor el pasado y el presente.

Es en esta parte, por supuesto, donde van apareciendo los distintos miembros de la familia, así como los rituales y prácticas de la vida cotidiana, las relaciones con los empleados y sirvientes (en la casa y en las tareas agrícolas), así como con el mundo exterior a la hacienda. Esta es sin duda la parte más personal, vívida, atractiva y hasta emocionante de las memorias. Magníficamente escritas, con una pluma

¹ “Mayo, 1940”, el primero de los *Relatos Santacrucinos* de Julio Ramón Ribeyro, todos ellos dedicados a ese barrio de Miraflores y publicados por primera vez dentro del cuarto volumen de *La Palabra del Mudo* (Lima, 1992).

serena, sabrosa y con un cierto sabor a otra época que, lejos de molestar, las hace más atractivas y les da autenticidad.

La segunda parte está dedicada a “La Lima de mi infancia y juventud”, es decir, se centra prioritariamente en el mundo exterior al hogar. A partir de este punto las memorias de D. José Agustín acusan un carácter más fragmentario y algo menos vívido, quizá también menos seguro, lo que el autor compensa recurriendo a las descripciones de otros escritores, sin duda excelentes, pero este lector lo considera una lástima porque —desde mi punto de vista— lo interesante es precisamente el recuerdo del propio D. José Agustín. De todas maneras las memorias en esta segunda parte ofrecen una muy interesante visión física de la Lima de los años treinta del siglo pasado y un repaso, desgraciadamente lleno de silencios, de los principales sucesos políticos que tuvieron lugar en el Perú entre finales de los años veinte y mediados de los años cuarenta, mencionándose sólo muy por encima las relaciones evidentemente estrechas de la familia De la Puente con los gobiernos de turno, muy especialmente los de Augusto B. Leguía y Óscar R. Benavides. A pesar de esos evidentes silencios sobre temas delicados (D. José Agustín era conocido por su discreción) hay momentos muy brillantes, como la descripción de Lima el día en que se dio el golpe a Leguía, o la intensa anécdota de un amigo de la familia, señalado leguista, que buscó refugio en la hacienda y cuya primera intención fue esconderse dentro de una de las grandes tinajas destinadas a guardar aceitunas.

La tercera y última parte está dedicada a “Mi formación escolar y mi vida universitaria”, donde destaca de forma muy notable la descripción de las primeras fases de vida de la entonces Universidad Católica del Perú —a partir de 1942, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP)— y el salto cualitativo que se produjo en aquellas fechas —en cuanto a consideración pública y en cuanto alumnos matriculados— con respecto a la Nacional de San Marcos. Sorprende descubrir lo humilde que era en aquellas fechas la PUCP, asentada todavía en su primera sede junto a la iglesia de la Recoleta, en la Plaza Francia. E impresiona aún más leer los nombres de los profesores que ya entonces ejercitaban allí su cátedra: Víctor Andrés Belaunde, José de la Riva-Agüero, Rubén Vargas Ugarte o Guillermo Lohmann Villena son sólo algunos de ellos, quizá los que mejor recordamos hoy día.

Las *Memorias de Orbea* constituyen, sin duda, una importante aportación a un género de escritos que no siempre es valorado como merece, al menos en el mundo hispanoparlante, pero que al mismo tiempo es muy buscado por los historiadores. En esta ocasión —y como ya se ha mencionado antes— las memorias mismas, cuidadosamente editadas por los hijos de D. José Agustín, van acompañadas de un extraordinario aparato gráfico, casi todo él inédito y en casi su totalidad sacado de los archivos familiares. Ese material constituye por sí mismo una muy interesante aportación a la historia de la fotografía peruana que merece estudiarse por sí mismo desde esa perspectiva. Por último, me parece obligado destacar la materialidad misma del libro que, sin grandes excesos, es una verdadera joya bibliográfica. A destacar la cuidada selección del papel y las tintas, la sobria pero excelente com-

posición de las páginas, los tonos y colores empleados, la propia encuadernación. Todos ellos excepcionales y un claro tributo que los hijos de D. José Agustín rinden a su padre.

Jesús BUSTAMANTE
Instituto de Historia - CSIC